



POLÍTICA

EL DRAMA DE MALACAÑAN.

Yá lo estábamos viendo venir. No a humo de pajas recomendábamos a ambas partes litigantes prudencia y buca voluntad. Pleitos hay en la vida que admiten diverso linaje de solución, y la que es muy acertada para los unos, suele ser impropiciente para los otros, y la que a éstos les cuadra, resulta a lo mejor disparatada para los de más allá. En toda política donde se requiere el esfuerzo amalgamado de dos elementos, jamás será recomendable el rompimiento de ambos, por suprema que hubiera llegado a ser entre ellos la tirantez de relaciones. La historia de estos veinte años nos viene demostrando que tanta mayor ración hemos obtenido del Gobierno de Washington, cuanto fué más estrecha nuestra amistad con su representante en Malacañan. No hay sino recordar los días de Harrison, el cual pudo haber tenido grandes desaciertos en el régimen del país, pero supo formarnos un ambiente favorable en la Metrópoli e influir en el Congreso de los Estados-Unidos de la América del Norte para obtener mejoras a la autonomía de que gozamos aquí. No hay sino examinar la labor del Hon. Quezon en Washington, el cual, a pesar de su talento, su fogosa oratoria y su tenacidad, no habría alcanzado de los Legisladores estadounidenses cuanto alcanzó, si no hubiese tenido buen cuidado de desarrollar la política de atracción, ganándose las voluntades de unos y otros y formando un núcleo de partidarios suyos, unidos a él por los lazos de la amistad. De haber poseído el Hon. Quezon un carácter adusto y antipático, ni el bill Jones hubiera llegado entonces a ser ley, ni habrían manifestado las Cámaras norteamericanas por nuestros asuntos tan marcado interés. Debe echarse mano de todo medio lícito para llegar a la meta de las aspiraciones nacionales. Y al mismo tiempo estamos en la obligación de sacrificar en aras de ese supremo ideal todo cuanto tuviere sabor personal.

Teniendo presentes estos principios, hemos mirado con disgusto desde el

primer momento el pleito surgido entre nuestros hombres de gobierno y la primera autoridad insular. El asunto que lo motivara carecía de toda importancia para la comunidad. ¿Tenía el Gobernador General derecho de reponer al discutido policía? Pues, mejor fuera dejarle hacer, porque si sus deseos descansaban en la ley, sabida cosa era que los habría de realizar. ¿Era ilegal la conducta de Wood al empeñarse en sostener a un hombre a quien sus Jefes inmediatos querían arrojar del servicio, porque habían perdido la confianza en él? Pues, más acertado parecía recurrir en apelación a Washington, donde no faltarian quienes apoyaran ahincadamente nuestra parte, que alborotar el cotarro con una escena de gran efecto teatral, sin contar primero con la actitud que pudiera tomar la huésped, para quedarnos... compuestos y sin novia. Acaso se figuraron nuestros estadistas que el Señor de Malacañan se iba a coger el cielo con las manos ante aquella dimisión mancomunada y daría su brazo a torcer, antes que consentir en separar del gobierno hombres de mérito que habían servido durante tanto años, poniendo en evidencia nuestra aptitud para manejar la nave del Estado, aún en momentos de peligrosa navegación. Y saliéles la criada respondona al tropezar con quien friamente, casi con indiferencia, aceptaba aquella renuncia general.

La actitud arrogante de un subalterno que, creyéndose herido en su dignidad por el proceder incorrecto de un Jefe, deposita en sus manos el empleo que le proporciona la morisqueta de cada día, ha merecido siempre nuestros más sinceros aplausos, porque se niega a vender su independencia individual por un mendrigo de pan. Pero, la experiencia propia nos ha enseñado cuán poca se merecen las protestas y los juramentos en cuadrilla, porque por ventura se pronuncian bajo el influjo de la segestión gregaria o en la esperanza de imponerse por el número, y cuando suena la hora de quemar las naves, muy comunmente siente la

mayoría de los confabulados arrugarse el panalón y no envuelve yá ninguna novedad el espectáculo de verlos tornar al pesebre abandonado por un compañerismo de momento, dispuestos a todo linaje de bajezas, con tal de conseguir desagaviar al dueño de la despensa, sin la cual no les fuera posible vivir. Los que vuelven son en cada caso los más, porque en todo tiempo los hombres fueron los menos. Entonces surge de entre los rebeldes una víctima, sobre quien arrojan los cobardes toda la responsabilidad de la empresa fracasada y ella será la pagana de la obra común. Ella resulta en definitiva la única acreedora a los aplausos de la multitud. Los demás se han hecho merecedores del reproche general. Dejemos al tiempo que ponga de manifiesto los legítimos héroes de la jornada y sólo entonces batiremos palmas en su loor.

Entretanto, lamentamos de todo corazón las considerables bajas que ha sufrido nuestro cuerpo gubernamental. Algunos de ellos llevaban muchos años en el desempeño de su cargo y habían yá adquirido ese bagaje de experiencia indispensable para gobernar con acierto y serenidad. Tal vez haya entre los dimisionarios alguno que dé definitivamente la espalda a todo puesto oficial. Poco basta a ciertos espíritus rectilíneos para penetrarse de ingratitud habitual en el teatro de la política donde, al repartir los papeles, no siempre se tiene en cuenta el mérito de cada actor. Los días van transcurriendo, el desenlace de Malacañan va tomando ese aspecto incoloro de los sucesos yá pasados y nada sabemos aún de los planes de campaña de unos y otros, los cuales es de suponer que no se hayan echado a dormir. ¿Qué proyectan los prohombres del partido en el poder? Lo ignoramos. ¿Qué opinan en Washington sobre el gran acontecimiento de la temporada? Nada se sabe de fijo aún (escribimos el lunes). ¿Qué piensa el Gobernador General? ¡Chi lo sa!

EL FIGARO.